

México, D. F., a 22 de febrero de 1960.

Muy estimado Alfonso: *

Nos dio mucho gusto su crónica sobre la Biblioteca o "Capilla Alfonsina" aparecida en "El Porvenir". También queremos agradecerle el mensaje fielmente transcrito al señor Gobernador sobre nuestro deseo de que nos enviaran unas losas del Cerro de la Silla, que ya me ofrece enviar don Raúl en reciente carta.

Nos mencionó usted en su última visita el deseo de que la Biblioteca fuera trasladada a Monterrey e instalada en esa ciudad en un edificio construido especialmente para esos fines. Yo quisiera que me indicara usted si ese ofrecimiento es de fuente oficial, pues ante las dudas, incertidumbres y poca comprensión que se ha tenido aquí hasta la fecha, creo que esa sería la solución más adecuada.

Allí sabrían conservar la Biblioteca, no sólo como tal, sino como Museo, con todos los objetos y enseres que encierra, además de lugar de consulta de personas de cierta categoría intelectual y como Biblioteca Pública.

Le ruego me informe sobre el particular, así como las condiciones que propondrían al respecto.

Agradeciendo sus continuas y eficientes gestiones, lo saluda con todo afecto su amiga.

MANUELA M. DE REYES
(Rúbrica).

* Carta dirigida al Profr. Alfonso Reyes Aurrecoechea, director de *Vida Universitaria*.

CAPILLA ALFONSINA

Por Andrés Henestrosa

El Diario Oficial de la Federación acaba de publicar el decreto por el cual la Nación adquiere la Capilla Alfonsina, casa y biblioteca que fueron de Alfonso Reyes. El Presidente de la República, don Luis Echeverría, consideró al dictar el decreto respectivo, en el que se suman gobernante y hombre civilizado y culto, que es urgente contrarrestar la difusión de modelos y valores negativos que empobrecen y aún degradan el legado cultural del país, y es necesario afirmar consecutivamente las más altas manifestaciones de la cultura, a fin de ofrecerlas como ejemplo a las nuevas generaciones. Se consideró, asimismo, que es tarea fundamental asegurar la continuidad y el acercamiento de la cultura nacional, y que la biblioteca formada por Reyes y reunida en la Capilla Alfonsina, constituirá un centro de investigación y consulta de señalado valor.

Afirmar los más altos valores de la cultura, acrecentarlos, ofrecerlos como ejemplo a las nuevas generaciones, asegurar la continuidad de la cultura patria, han sido los móviles de esta adquisición. Todos válidos, y todos permanentes. Alfonso Reyes, los tuvo por norma: toda su obra se funda en esas normas. Y ahora que lo recuerdo, él fue quien dijo que la cultura era continuidad. Lo demás es barbarie, por fortuna, pasajera.

Tal vez no sea en la actualidad la más grande de las bibliotecas mexicanas, la de Reyes. Otras habrá más ricas, más numerosas. Pocas, por no decir que ninguna, tan selecta, tan pacientemente formada, con tanta inteligencia aprovechada por su dueño. Historia, filología, crítica literaria, gramáticas, historias literarias, exégesis, biografías, viajes de todas

las procedencias, en todos los idiomas. Anotaciones escasas: pequeñas señales, porque es parte de la cultura de la buena educación bibliográfica, no herir los libros con subrayados, con referencias extensas, y correcciones, y rectificaciones que casi no hay libro que no registre. Páginas en que un día se posaron los ojos del autor, que crecieron con su participación, que es como se definen el mejor lector y la mejor manera de leer los libros: agregándoles, corrigiéndolos, colaborando con el autor. Libros leídos en todas partes, bajo todos los estados de ánimo. En más de alguna página habrá caído una gota de lágrima. Más de una, todavía vibrante de un suspiro. Porque fue hombre Alfonso Reyes que recorrió el mundo sollozando, con sus muertos y sus vivos a la espalda. Con su patria también, como ya estamos de acuerdo todos.

Una gran parte de las piezas que integran la biblioteca, tienen dedicatorias autógrafas a Alfonso Reyes: de los grandes escritores, de los medianos y más chicos, en quienes el gran humanista siempre vio, por lo menos, una esperanza y a quienes correspondió con una suya breve, y sutil, y cortés: las dedicatorias de Reyes, en efecto, son signos de su delicado espíritu. Eran, un poco, su retrato. Eran otro poco, el perfil del otro.

Una visita a la Capilla Alfonsina, así sea una simple visita, es suficiente para impregnar del espíritu, para reconstruir de alguna manera el espíritu que presidió su formación. Una vigilia que no decae jamás, el denuedo de oponer a las fuerzas regresivas el valladar de los libros que en apretadas filas llenan los anaqueles; retratos de escritores ilustres, pinturas, grabados, dibujos, una pieza arqueológica de fino labrado; todo eso representa la casa de Reyes, que ahora la Nación acaba de adquirir, con lo

que la salva de peligros y se asegura la continuidad de un esfuerzo que no hay manera de ponderar.

Es otro de los propósitos del gobierno mantenerla al día, enriqueciendo diariamente su acervo. De otra manera, sólo sería la reliquia que ya es. A la biblioteca de Alfonso Reyes irán los estudiosos de toda la tierra "a apagar su sed de saber", como se diría en otro tiempo. Allí, a buscarle cimientos y explicación a los hechos de la cultura, jamás caprichosos. Será lugar codiciado para el hombre que busca, y encuentra alivio en el trato de los libros.

Ya está salvada la biblioteca de Alfonso Reyes. Ojalá que otras puedan serlo en lo sucesivo.

LA BIBLIOTECA DE ALFONSO REYES

Por José Alvarado

La biblioteca de Alfonso Reyes, según el anuncio oficial, ha pasado al dominio público. Se trata de una asamblea de hipótesis o señas, preguntas o asombros, vertidos a la tinta, convocada a lo largo de minutos dichosos u horas de angustia y desconcierto por un hombre en tránsito sobre el mundo. Es un ser vivo y, a un tiempo mismo, la huella perdurable de pasión y agonía, curiosidad y desvelo y el testimonio de una inteligencia. La presiden una sonrisa y un espíritu alerta: los de quien reunió textos, al paso de los años, y en ocasiones a hurto de pan o delicias efímeras, contra la corriente o a su arrimo. Cada página rescatada por Alfonso Reyes a la dispersión pertenece a un orden y el humanista regiomontano cargó con muchas de ellas, como lo mejor de su fardo de viaje, a través de mares o desiertos, frente a Guadarrama, bajo la Cruz del Sur o a la vista del Río de Enero.

Una biblioteca digna de su nombre no es un simple conjunto de libros, atados sólo por un catálogo, ni, mucho menos, una muestra arqueológica con ruinas de almas, despojos de palabras, expresiones marchitas, papel viejo y tinta seca. Resulta del esfuerzo de una existencia, el afán de conocimiento, la voluntad de organizar y deseo de mantener una luz para alivio de futuros navegantes. Quien la hace pone en ello el propósito irrevocable de perdurar y convertir letra ajena y propia en vena para una sangre de curso sin término. Tal la de Alfonso Reyes.

Desde los primeros libros adquiridos en opulenta adolescencia, semillas de "Cuestiones estéticas", hasta los encontrados luego de empeñosa búsqueda en madurez segura, todo queda allí en tratados y cuadernos, biblias y manuales, manuscritos e infolios. No es la tarea de un coleccionista sino el saldo de la realizada aspiración de vivir cada día más bella y plenamente.

Ni es la suma de documentos legados por un especialista, sino de la sociedad de indagaciones acerca del universo. Biblioteca donde la filosofía lleva horizonte a la ciencia, la ética perspectiva a la estética, la sensibilidad y el conocimiento paisaje a la expresión, los idiomas clásicos raíz a los modernos, la magia brillo a la razón y la teología llamamientos a la imaginación. Se trata, en resumen, de una imagen espiritual de Alfonso Reyes, con todas las voces de su tiempo y los ecos históricos de su vasta geografía. Pocas hay, tal vez, en nuestra lengua formadas por una sola persona; escasas las de una vida cabal de este siglo, desenvuelto al brinco por encima de tantas fracturas: las revoluciones de la física y la biología, el derrumbe de la Bella Epoca, los Diez Díaz de John Reed, Versalles, la Prosperity, el Crack de 1929, las botas de Hitler, Guernica, Hiroshima... El cubismo, los surrealistas, Chaplin, Buñuel. Tam-

bién Cananea, Río Blanco, Ciudad Juárez, Chinameca, la insurrección de los pueblos coloniales y nuevas, inimaginadas concepciones de la sociedad y de la música.

Desde el joven Alfonso Reyes, estudiante de Homero y Esquilo, Góngora, Goethe y Mallarmé en visperas de la Revolución Mexicana y la Primera Guerra Mundial hasta su retorno a Anáhuac, luego de sus pasos por Madrid y París, Buenos Aires y Río de Janeiro, con todo el material de "El deslinde" y "La antigua retórica", las cicatrices de "Ifigenia cruel", su amistad con hombres de muchas razas y la inteligencia completa del orbe, todo permanece como un soplo sin extinguirse y en guardia entre los muros de la Capilla Alfonsina.

Algo hay en el recinto de la difunta biblioteca alejandrina, algo de las renacentistas, vestigios de la cábala y la alquimia, mucho de los hombres de la Enciclopedia y de inventores de palabras y de axiomas. Es la unidad realizada por un hombre. Por ello vive.

"Excélsior", 14 de junio de 1972.